profesion de pobres, y tratándonos él conforme á nuestra profesion, no nos hace agravio, ni tenemos de qué quejarnos. A la noche quiso Dios que no llegaran más huéspedes, y con eso tuvo el compañero lo que deseaba.

En llegando á Mantua se fué luégo á visitar á madama Eleonora de Austria, que ya era muy vieja, y aquella santa señora se alegró sumamente de verle: abrazóle con notable afecto, y se estuvieron gran rato hablando. Desde allí avisó[13] de su llegada al Marqués su hermano, que envió luégo por él. No quiso enviar delante quien diese la nueva, hasta que llegó á Castellon, y dijo á uno que encontró, que avisase al Marqués cómo habia llegado; aquel echó luégo á correr, y lo fué diciendo por las calles, y en un momento se llenaron de gente que salian á las puertas á verle: recibiéronle con extraordinaria devocion y alegría, tocando las campanas y haciéndole una hermosa salva de artillería, hincándosele de rodillas cuando pasaba por las calles: tanto era el concepto que tenian de su santidad, de que Luis se corria y afligia harto. El Marqués bajó á recibirle al pié de la fortaleza. En apeándose de la carroza, un vasallo se puso de rodillas delante del Marqués, pidiéndole perdon de no sé qué cosa, fiado en la presencia de Luis: el Marqués le dijo que por amor del P. Luis él le perdonaba. Entró con el Marqués en la fortaleza, y mortificóse mucho, porque algunos de palacio y del lugar le hablaban de ilustrísimo y de excelencia como antes que fuese religioso.

No halló en Castellon á la Marquesa su madre, que estaba en otro lugar suyo, que se dice San Martino, doce millas de allí. Envióle luégo á avisar, y con eso el dia siguiente se vinó á Castellon con sus dos hijos pequeños. Llegada á su palacio, que era distinto y algo apartado del del Marqués, envió á la fortaleza á avisar á Luis de su llegada. Fué luégo allá Luis con su compañero, y ella le recibió más como á santo que como á hijo, y así no se atrevió á abrazarlo ni besarlo (como el afecto de madre lo pedia, y no habiendo personas de respeto delante, nadie se lo estorbara); pero venciendo la reverencia al amor, le recibió hincada de rodillas, haciéndole una profunda inclinacion hasta el suelo; y no es maravilla que esto hiciese, pues aun cuando era niño le miraba como á santo, y le solia llamar su ángel.

CAPÍTULO XX.

Del modo con que se portó en Castellon y en otras partes.

Estuvo Luis con su madre todo aquel dia, y tratando largamente de sus cosas, siempre quiso que estuviese presente su compañero. Pero él, reparando que con aquello se encogeria la Marquesa, y no se atreveria á hablar tan libremente con su hijo, buscando ocasion se salió á rezar el Rosario. Despues al cabo de un gran rato volvió, y los halló á ambos de rodillas en oracion. A la noche preguntó Luis á su compañero, por qué se habia salido. El le dijo que, habiendo la señora Marquesa pedido al Padre general que le enviase á su hijo de tan léjos, y teniéndole ahora en su presencia, no le parecia que era razon estorbarla que no descansase con él y hablase libremente, y así con las otras señoras era bien aquel recato, y allí le obedeceria, pero con su madre no. Con esto se quietó Luis, el cual se estuvo algunos dias en Castellon por informarse en particular del Marqués y de los otros del estado de las cosas, y en qué topaban las diferencias con el Duque de Mantua.

En aquel ínterin no es creible la edificacion que daba en todo tiempo y en todas ocasiones: nunca salia sino á pié, si bien su madre y su hermano le hacian tener siempre la carroza á punto; por la calle siempre habia de ir sin bonete, para responder al afecto de tantos como le saludaban. Con todos trataba indiferentemente, con tanta humildad y sujecion como si fuera el mínimo del lugar. No quiso aceptar ningun género de servicio de los seglares si de algo tenia necesidad, antes se ayudaba de su compañero, aunque ni este queria que le acudiese sino á más no poder, y entonces obligándole y forzándole el compañero á aceptar, porque aunque tuviese necesidad de algo no queria pedirlo, sino aguardar á que Dios les moviese á dárselo. Y si por él fuera, no hubiera posado en casa de su hermano ni de su madre, sino en la del arcipreste, si los superiores no le hubieran ordenado lo contrario.

Todo el tiempo que allí estuvo, fué grande el rigor y entereza que tuvo en no tomar cosa de las que le ofrecian para su uso. Entrando el invierno, y los frios que en aquella tierra son rigurosos, no consintió que le hiciesen de vestir,

sino que envió á pedir al Padre rector de Brescia vestido de invierno para sí y para su compañero, con condicion que no fuese nuevo, porque no lo tomaria. La Marquesa le hizo instancia, que por lo menos tomase dos almillas de Mantua para sí y para su compañero, y no pudiéndolo acabar con él, porque decia que no habia de tomar nada de lo que ya una vez con tanto gusto habia dejado, rogó al compañero que se la hiciese tomar: él fué una mañana á la cama con la una cuando se queria levantar, y no queriendo Luis ponérsela, le dijo: Póngasela, hermano, que su madre le da esta limosna por amor de Dios, y pues tiene necesidad de ella, yo le ordeno que la tome: diciendo esto, se la comenzó á poner por fuerza, y él al fin viendo que se le daba de limosna y que se lo ordenaba el compañero, hubo de callar. Lo mismo le sucedió con la ropa blanca; porque estando ya rota la que habia sacado de Roma, no quiso tomar una poca que su madre por devocion le habia hecho, sino que hizo remendar la que estaba rota; y apenas el compañero por necesidad, y con el mismo título de limosna, le hizo tomar una cosa muy poca de lo que le daba su madre.

No mandó jamás cosa ninguna á persona de casa ni de fuera; á todos tenia respeto, y estaba tan encogido como si fuera un pobre peregrino, que le habian albergado allí por amor de Dios. Cuando habia de negociar con el Marqués su hermano, estábase aguardando audiencia en la antecámara sin permitir que le quitasen su comodidad, ni le avisasen para que dejase lo que tenia entre manos. En la mesa del Marqués dejábase servir como los otros sin hablar palabra; pero en la de su madre procedia con más libertad, especialmente que ella se desvelaba en darle gusto; y así, porque no le sirviesen con salvilla, hacia que le pusiesen la bebida en la mesa, como se usa en el refitorio de la Compañía. En la comida guardaba su modo ordinario de abstinencia, no cuidando nada de la calidad de los manjares ó del vino: porque con el largo ejercicio de mortificacion parece que habia perdido el sentido del gusto. Cuando su madre le decia: Tomad esto, P. Luis, que es bueno, comed de esto que es mejor; tomábalo él y agradecíalo, y despues lo dejaba en el plato.

Solia decir á su compañero: Oh hermano, ¡y cómo es bueno estar en nuestra casa! Más me satisface y me sustenta

un plato de nuestra pobre comida, que cuantos platos se ponen en esta mesa. Jamás se dejó vestir ni desnudar de ninguno ni de su mismo compañero; él mismo por su mano se curaba siempre una fuente que tenia en el brazo izquierdo, sin querer que nadie le ayudase. Llegóse una vez el compañero estándose curando, y tocándole con el dedo le dijo: De esta manera ha de hacer. Desvióle al punto, diciéndole: No me toque,

Aposento de S. Luis convertido en capilla,
en el antiguo Colegio de Nápoles de la Compañía de Jesus (del Gesù vecchio).
(Véase el libro II, cap. 10.)

hermano. Tan recatado era y tan enemigo de ayuda en lo que él podia hacer por su persona. En casa de su madre, y aun las veces que podia en casa de su hermano, él mismo se hacia su cama, y aun procuraba ayudar á su compañero á hacer la suya, si bien los criados cuando lo advirtieron procuraban prevenirse, porque no les tomase su oficio.

De la salud no cuidaba más que si no le tocara, ni se acordaba de esto sino cuando se lo decia el compañero. Gustaba

mucho de estarse solo, si bien con su madre, como con persona tan espiritual, hablaba de buena gana y la procuraba consolar. Por la mañana en levantándose tenia una hora de oracion, oia misa, rezaba cada dia el Oficio mayor, rezaba el Rosario, y éste á veces con el compañero, respondiéndose uno á otro. Si podia hurtar entre dia algun tiempo, decíale á su compañero: Hermano, vámonos á tener un poco de oracion. A las noches se estaba siempre tres horas retirado, y antes de irse á dormir decia las Letanías, y hacia su exámen de conciencia. Confesábase con el arcipreste, y las fiestas todas iba á oir misa y á comulgar á la iglesia principal de San Nazario y Celso, donde concurria mucha gente á verle, por la devocion que le tenian, con gran pena de haber perdido tan santo señor. La primera fiesta que allí hubo, estaba la iglesia tan llena de gente que habia concurrido á verle, que le vino gana de hacerles una plática, exhortándolos á bien morir, y á la frecuencia de Sacramentos: pero dejólo, porque quiso primero componer las cosas de su hermano, para que comenzase la reformacion ó buen ejemplo de su misma casa. Al compañero jamás le dijo palabra, desabrida ni le mostró disgusto de cosa que hiciese; rendíasele en todo, y conformábase con su parecer, obedeciéndole muy puntualmente en lo que tocaba á su salud.

El compañero veneraba su santidad, y no acababa de espantarse de aquella pureza tan grande en todas las materias, aquel desprecio de las cosas del mundo, y haberse como si fuera muerto en todas ellas. Hicieron muchos caminos juntos á Brescia, á Mantua y á otras partes, segun lo pedian los negocios. Por el camino comenzaba Luis la plática de las cosas que veian; y luégo se metia en Dios y hablaba largamente de él con el compañero, el cual á veces, si se cansaba y queria meter otra plática, Luis no la admitia, sino llevaba la suya adelante.

Un dia hubieron de ir á Castel Giuffrè, á no sé qué negocio con el Sr. Alfonso Gonzaga su tio, señor de aquel lugar (á quien Luis habia de heredar si no entrara en la Compañía): dióle el Marqués algunos criados que le acompañasen, pero él no los quiso llevar; y porque en presencia del Marqués no pudiera salir con ello, dejólos salir de Castellon, y luégo les hizo volver á todos. Perdió el camino el cochero, y llegaron á

Castel Giuffrè[14] á dos horas de noche, á tiempo que estaban ya las puertas cerradas. Por ser lugar de presidio y no se abrir en aquella hora, fué necesario dar cuenta á las centinelas de las personas que eran y á lo que venian, y aguardar que se diese cuenta al señor del lugar. Al cabo de un gran rato sintieron abrir las puertas y bajar la puente, y luégo vinieron muchos caballeros con hachas, y en entrando, halló un gran escuadron de soldados con sus armas, que le hicieron calle por ambas partes desde allí hasta el palacio del señor, el cual salió tambien á recibirle con grandes muestras de alegría, honrándole y acompañándole hasta llevarle á un cuarto ricamente aderezado de camas y colgaduras costosas: allí le dejó para que pudiese reposar. El pobre Luis, cuando se vió en tanta honra y en aquellas piezas tan ricas, afligióse grandemente, y vuelto al compañero le dijo: Oh hermano, Dios nos ayude esta noche, pues nuestros pecados nos han traido á esta posada. ¿Qué aposentos y qué camas estas para nosotros? ¿Cuánto mejor estuviéramos en nuestro colegio en nuestros pobres aposentos y camas, sin este aparato y comodidad? Parecíale mil años cada hora que allí estaba, no pudiendo sufrir tanta honra, y así el dia siguiente se volvió á Castellon, de donde, estando bien informado de todo, se fué á Mantua á negociar con el Duque.

Aquellos dias y semanas que á las veces estuvo en el colegio de la Compañía de aquella ciudad, dejó tan buen olor de sí, que hasta el dia de hoy tienen que contar maravillas los Padres que allí estaban, de su rara modestia, de su humildad, del desprecio de sí y aprecio de los demás, de la madureza de sus costumbres, junta con aquella santa sinceridad y pureza de su trato. Siempre parece que estaba abstracto de las cosas de la tierra, y puesto en Dios y tan unido con él, que no decia ni hacia cosa que no fuese registrada con Dios. Parecíales á los Padres cuando le veian, ver un dechado vivo de todas las virtudes; con sola su vista se sentian movidos y adelantados á toda devocion, y solian decir que en la cara se le echaba de ver que era santo, y que parecia un retrato del bienaventurado san Cárlos Borromeo. Era rector á la sazon de aquel colegio el P. Próspero Malavolta, á quien nuestro Padre san Ignacio habia recibido en la Compañía; éste, viendo la santidad y cordura de Luis, le pareció que convenia que un viernes

hiciese una plática á los Padres y hermanos de aquel colegio, cosa que nunca la hace sino el Superior ó algun Padre grave y antiguo. Luis, si bien se corrió harto, pero al fin hubo de cumplir su obediencia, é hizo una plática de la caridad fraterna, sobre aquellas palabras de Cristo: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos;* con tanto espíritu y fervor, que todos quedaron muy movidos y consolados.

CAPÍTULO XXI.

Del buen suceso que tuvieron sus negocios.

Comenzó luégo á tratar de sus negocios con el Sermo. Duque de Mantua, si bien antes de tratarlos con los hombres, los tenia ya tratados y concluidos con Dios, que tiene las llaves de los corazones de los príncipes, y habia ya alcanzado de su divina Majestad el buen suceso de todo, lo cual se sabe por el dicho de testigos muy graves, y el efecto lo mostró claramente. Porque la primera vez que se vió con el Duque, en hora y media que estuvo con él, compuso todas las diferencias, y alcanzó cuanto le supo pedir y desear. Y aunque el Duque estaba enojadísimo por las malas relaciones que le habian dado del Marqués, y tocándole á Luis más de cerca el Marqués que el Duque, parece que hablando humanamente podia ser sospechoso, y habia ocasion de tenerle por parcial, y no faltaban muchas para negarle lo que pedia, por haberlo negado el Duque á los príncipes y señores que se habian puesto de por medio; pero halló tanta santidad en Luis y tan buena intencion en todo, que se dió por vencido, sin poderle negar cosa de cuantas le pidió; y fiado de su bondad y entereza, dijo que haria cuanto quisiese. No faltó quien procurase turbar ó á lo menos dilatar el buen efecto de esta paz, siendo cosa de tanto servicio de Dios; y entre otras una persona de mucha autoridad dijo al Duque, que ya que S. A. habia tomado aquella resolucion, no diese á entender que lo hacia sólo á instancia de Luis, sino que la dilatase, de suerte que cumpliese de camino con aquellos príncipes que le habian antes escrito sobre lo mismo. El Duque respondió que queria concluir luégo, porque él no lo hacia sino

sólo por dar gusto al P. Luis, y no lo hiciera jamás por otro respeto, y así lo concluyó, con espanto de todos.

Tomó Luis por escrito del Sr. Tulio Petrozzari[15] todos los puntos de las quejas que habia del marqués Rodolfo, y llevándolas á Castellon, hizo que el Marqués en todas ellas se justificase y respondiese punto por punto, satisfaciendo al Duque;

Iglesia de S. Ignacio en Roma,
en la cual se venera el sepulcro de S. Luis.
(Véase el libro II, nota 34.)

al cual volvió con la respuesta, y quedando el Duque satisfecho volvió á Castellon, y llevó consigo al Marqués á verse con el Duque, el cual le recibió con mucho amor, convidándole á comer consigo y festejándole todo aquel dia. Hizo S. A. mucha instancia en que se quedase tambien Luis á comer, pero él la hizo mayor para no quedarse, y así se volvió á su colegio: dijo el Duque, que por lo menos era fuerza que volviese á la tarde á la comedia: respondió Luis sonriéndose, que no gustaria de eso su compañero. En esta ocasion restituyó